

yo que aquella señora arruinó el reino y destruyó los altares del demonio.

§. X.—El cuarto efecto de la reparacion del hombre hecha por la Virgen santísima es la libertad de los cautivos.

I. El abad de Igny en Champaña se queja justamente de la supersticiosa hipocresia del impío rey Acaz, que habiendo recibido orden de Dios para pedirle una señal de la maravilla que queria obrar en favor de su pueblo afligido, lo rehusó maliciosamente, encubriendo su desobediencia con el falso pretexto de que temia tentar á Dios: como si hubiera habido algun peligro en obedecerle con humildad y simplicidad de corazon, y como si por otra parte no hubiesen sido conocidos de todos su idolatría y el temor que tenia de que fuese glorificado el Señor con algun prodigio. «Nosotros, continúa el elocuente abad (1), no tratamos de ser tan desdenosos: recibimos con los brazos abiertos ese signo de paz, que se sirve Dios presentarnos, y de lo íntimo de nuestras almas reconocemos á la Virgen santa no solo por nuestra pacificadora en el alto empireo, sino por nuestra libertadora en los mas profundos infiernos. Allí desató el nudo gordiano que la primera mujer habia hecho: allí quebrantó la cabeza á la serpiente y pasando por cima de ella la hizo vomitar la presa que se habia ya tragado: allí forzó las puertas del infierno y ahuyentó las guardias que tenían cautivo al hombre, restituyéndole su antigua libertad. Allí ató al tirano con las mismas ligaduras con que él sujetaba á los demás, y le hizo la befa y escarnio de todos.» «Si tuviérais paciencia, decia S. Juan Crisóstomo (2); yo podría llevaros á ver la columna donde fué atada la

(1) Serm. 3 de Annuntiat. (2) Homil. 2 in Math.

muerte, el patibulo donde fué ahorcado el pecado, y todas las demás señales de esta insigne victoria. Veriais al tirano cargado de cadenas y una muchedumbre de cautivos que recobran su libertad: contemplariais las ruinas de su fortaleza y los ministros de su crueldad maniatados con las esposas que servian antes para sujetar á los otros. Oh Dios, ¡cuán agradable es esta nueva! ¡Cómo aclamaremos á la valiente guerrera por quien hemos sido librados de un estado tan infeliz?» Deleita leer en Crisippo, presbítero de Jerusalem (1), cómo trabajó el diablo y qué ruido metió cuando se vió cogido en la trampa y cargado de grillos y cadenas. ¿Qué es esto? decia para sí. ¿De dónde viene un cambio tan repentino? ¿Cómo es que la que antes me sirvió tan fielmente, ha vuelto las armas contra mí y conspira á mi ruina? Una mujer me puso el cetro en la mano y la corona en la cabeza, y otra mujer me roba el cetro y pisotea mi diadema. ¿Qué ha sucedido de nuevo para abatirme de suerte que me veo ahora cautivo, cuando estaba acostumbrado á tener presos á los demás? ¿Qué debo de creer de esa mujer que asuela así mi imperio? Por medio de su hijo sanó á aquellos á quienes yo habia causado diversas enfermedades, libró á mis presos, resucitó á mis muertos, dió libertad á mis cautivos y dejó desocupadas mis cárceles. ¡Qué destrozos me ha hecho, porque conozco muy bien que ella es la causa de todas estas maquinaciones! Si yo no hubiera acometido jamás á aquella tonta que se dejó embaucar con mis palabras; no me veria ahora sumergido en un abismo de confusion; no veria á mis esclavos ahorrados y lo que es mas, distinguidos con nuevos honores y con mercedes mas singulares que las que antes poseian. Así hace hablar

(1) Orat. de laudib. Mariæ.

aquel elocuente doctor al príncipe de los espíritus malignos.

II. Pedro de Blois, arcediano de Lóndres, explicando aquel pasaje de Ezequiel en que se dice que se volvió hácia la puerta de afuera, por donde se entraba al santuario por el lado de oriente, sostiene que el profeta hablaba entonces en la persona de Adam y de sus hijos encerrados en la cárcel de su cautiverio; y es como si hubiera dicho: despues de tantos años que estoy desterrado de mi patria, confinado en este lugar de miserias y sepultado en este calabozo, he vuelto muchas veces los ojos á todas partes para buscar alguna salida; pero siempre en vano, porque ni el cielo, ni la tierra no han podido socorrerme: ¿y cómo pudieran hacerlo los hombres cuando estaban comprendidos lo mismo que yo en la sentencia de proscripción? Los ángeles mismos no pudieron libertarme y el mundo no tuvo facultad para lograrlo. Al fin puse la vista en la puerta exterior del santuario, que no es otra que la madre de Dios, porque siendo la puerta del santuario interior y de la divinidad del Hijo, el Padre, de quien procede por la generacion eterna, se sigue que la puerta del santuario exterior es la madre del Verbo encarnado, por donde salió por la generacion temporal para venir á sacar al hombre del abismo en que estaba sumergido. Esta es la verdadera puerta oriental, porque por ella entró el sol de justicia en la cárcel del mundo para iluminar á los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

III. Entonces se cumplió la profecía de Isaías, y los que andaban á tientas en medio de las tinieblas, vieron una gran luz que los regocijaba, gracias á la Virgen santísima, por cuyo medio, dice S. Bernardo (1), empezamos

(1) Epist. ad Lugdun. canonic.

á levantar la cabeza y á gozar de la agradable luz del cielo, de que habíamos estado privados tanto tiempo. «Con efecto aunque el primer hombre (son palabras de san Pedro Damiano) habia sido criado en la luz de mediodia á imágen de su criador, así que consintió en el pecado, se vió rodeado de tinieblas, y desde entonces la haz de la tierra quedó cubierta de una lóbrega nube, y hasta la vírgen María nadie tuvo poder para salir de ella y mucho menos para sacar á los otros. Tan lejos de eso, cuanto mas iba adelantando el mundo, mas se condensaba aquella nube negrisima de la muerte, donde estaban sumergidos los hijos de Adam, hasta que subiendo sobre nuestro horizonte la Vírgen como una bella aurora trajo consigo la promesa de la próxima salida del sol, que debia de hacer ver otra vez al primer hombre el mediodia en que fué criado y de que gozó tan poco tiempo (1). «Entonces, dice S. Gregorio Taumaturgo, aparecieron los primeros rayos de la luz intelectual: entonces se descubrieron las fuentes de sabiduría é inmortalidad (2).» «Entonces apareciendo la Vírgen como el hermoso astro de la noche, dice S. German de Constantino- pla, se disiparon las tinieblas y se inundó el calabozo de claridad (3).» Entonces se vió levantarse en nuestro hemisferio el alba que S. Gregorio llama la esperanza del sol (4), ó por mejor decir brillar por todas partes un abismo de luz, segun dice S. Epifanio (5), y desterrar la oscuridad del mundo. «Entonces los antiguos padres, dice S. Andrés de Jerusalem, que estaban encerrados en sus tenebrosos calabozos, vieron por entre el nacimiento de la vírgen María, como por la mira del as-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) Orat. 2 de Annuntiat.

(3) Orat. de nativit. Virg.

(4) Lib. 4 Moral, cap. 44.

(5) Serm. de S. Deipara.

trolabio el sol que salia rasgando la nube y venciendo la oscuridad de la noche para penetrar en los rincones mas escondidos de la triste mansion de aquellos (1).»

IV. A la luz se siguió al punto la alegría, así como en pos de la oscuridad habia venido la tristeza. Por esta razon el citado S. Andres llama á la Virgen el instrumento y la madre de la alegría (2). El presbitero Hesiquio la apellida el principio del regocijo (3); y ella misma aseguró á santa Brigida que su natividad proporcionó un contento general á todo el mundo. Tal es la voz y el sentir de la iglesia. «Así lo pedia la razon, dice S. Gregorio Niseno (4), porque como la primera mujer habia sido condenada despues del pecado á las lágrimas y á la tristeza, estando la segunda destinada á restaurarnos en la gracia debia tambien de restituir la alegría. Aquella merecia ser atormentada de dolores antes y despues del parto, y esta debia de reconocer por la abundancia de su gozo que en verdad tenia en sí la fuente de él: aquella dando entrada al pecado en el mundo habia abierto al mismo tiempo la puerta al llanto, y esta concibiendo y pariendo el fruto de vida era por lo mismo la madre de nuestro contento.» Los mas de los padres reconocen este secreto en la primera palabra que le dijo el celestial paraninfo, y todos juntos nos convidan á regocijarnos de esta buena nueva, porque la primera palabra pronunciada para nuestra reparacion trajo al mismo tiempo el regocijo. Gózate, oh Virgen santa, le dice S. Gregorio de Neocesarea (5), porque todo lo que viene de tí, trae su gozo, su decencia y su honestidad. Gózate, porque eres la mansion del gozo sobrecelestial. Gózate, porque por tu me-

(1) Serm. de Annuntiat.

(2) Serm. de Annuntiat.

(3) Orat. de S. Deipara.

(4) Hom. 43 in Cant.

(5) Serm. de Annuntiat.

dio recobran los hombres el gozo perdido y son repuestos en su primer grado de honor.» «Gózate, le dice Crisippo (1), porque tienes contigo el tesoro de todo el gozo del mundo y aun al rey del gozo y de la gracia. El bienaventurado mártir Metodio usó una expresion muy enfática, llamándola el principio, el medio y el fin de nuestros regocijos (2). Por aquí se puede colegir si no es razonable que tenga ella gran parte en nuestras alegrías y que nuestras fiestas empiecen, continúen y acaben por ella; en una palabra que sea el objeto de las mas, pues fué el principio de todas (3).

XI.—El quinto efecto de la reparacion del linaje humano hecha por la Virgen santísima fué la esperanza de recurso.

I. Figurémonos á un pobre hombre agobiado de achaques, de vejez y de trabajos y postrado en una cama: veámosle con el rostro macilento, la nariz afilada, las extremidades yertas, el corazón desfallecido, privado de los sentidos, cubierto de un sudor frio, sin movi-

(1) Orat. de S. Deipara.

(2) Serm. in Hyp.

(3) Adicion de la madre Maria J. de Blemur. — «Recurramos á esta Virgen gloriosa y poderosa y digámosle con un devoto suyo en nombre de toda la naturaleza humana: Oh Maria, tú eres la puerta del cielo; ven, y la verdadera luz que esperamos de tí, disipe pronto las tinieblas de la ignorancia y del pecado. Tú eres el árbol de vida; ven y danos el fruto de la verdadera vida, el fruto que ha de sustentar á la tierra y al cielo, á los hombres y á los ángeles por toda la eternidad. Tú eres el arca

de la nueva alianza; ven, reconcilianos con Dios y destruye las enemistades que separan á la criatura del Criador. Tú eres el tesoro de los pobres, el amparo de los débiles, la libertad de los cautivos, la vida, la dulzura y la esperanza de todo el mundo: ven y consuela á los desdichados hijos de Eva, desterrados del paraíso de la tierra y del cielo: mucho há que suspiran por tí para librarse de la servidumbre del pecado y del demonio y pasar de las tinieblas y de la sombra de la muerte á la luz y á la santa libertad de los hijos de Dios.»

miento, sin pulso y sin ninguna señal de vida. Los médicos le han abandonado ya dándole por muerto. Si de pronto viéramos que volvía en sí, recobraba las fuerzas, se levantaba sano y con brio y se presentaba con el vigor de la edad viril; ¿podría dudarse que había venido algún ángel del paraíso á traerle el fruto del árbol de vida, la salud, la fortaleza y la juventud? Y quien hubiese visto al mundo despues de cuatro mil años agobiado de años, de trabajos y de dolores, afligido de miserias y pronto á espirar, que recobraba casi instantáneamente su vigor primitivo, se ponía en pie y se rejuvenecía en poquísimos tiempo; ¿podría dudar que había recibido algún auxilio inesperado del cielo y algún remedio extraordinario? Si se me pregunta quién le trajo este remedio, diré que la virgen María, y si cuesta dificultad creerlo, oigamos á S. Andrés de Jerusalen. «Hoy, dice hablando del dia de la Anunciacion (1), el artífice de todas las cosas lleva al cabo lo que tenía resuelto hacia mucho tiempo: hoy el hombre toma nuevo aspecto, y el mundo ya viejo y desfallecido es renovado por una juventud espiritual que ahuyenta la vejez del pecado.»

II. Figurémonos sinó un bello jardin abrasado por el sol de la canícula, los árboles y las plantas agostadas, las flores secas apenas nacen, la yerba quemada y el pobre jardinero desesperado al ver que sus afanes de tantos meses quedan inútiles en pocos dias. Si levantándose una mañana con ánimo de arrancarlo todo encontrase los árboles y las plantas lozanas, las flores vivaces y con su natural belleza y el jardin todo renovado y mas hermoso que nunca; ¿podría negar que había bajado invisiblemente algún ángel del cielo ó por lo menos que introduciéndose mansamente una benéfica lluvia en las en-

(1) Serm. de Annuntiat.

trañas de la tierra había restituido su vigor y lozanía á todos aquellos vegetales? En ese jardin seco y agostado tenemos una imágen del mundo antes que Dios le socorriese, y por el beneficio que recibió de una lluvia mansa y saludable; podemos juzgar de la obligacion que todos tenemos á la madre de Dios, enviada del cielo para refrigerio de nuestro linaje, mas abatido y marchito por el pecado que el jardin de que hablamos. Asi lo piensan dos esclarecidos siervos de la Virgen, es á saber S. Buenaventura, el cual dice (1) que con la venida de María se regocijaron todas las criaturas y recobraron su antiguo verdor y lozanía como si hubiese sido una lluvia deseada; y S. Pedro Damiano, quien afirma (2) que María fué el manantial que dividiéndose en cuatro brazos regó no solo el paraíso de delicias, sino toda la redondez de la tierra (3).

III. Imaginémonos en tercer lugar aquel árbol frutal de un tamaño desmedido, de igual altura, de una hermosura incomparable, cargado de hojas y frutos, segun le vió el profeta Daniel en una vision (4). Todas las aves del cielo posan sobre sus ramas, y todos los animales de la tierra se guarecen bajo su sombra. Oigamos una voz del cielo que grita: Sea derribado y cortado hasta la raiz. Al punto es chapodado de sus ramas y se forma un monte tallar. Fijemos la vista en el tronco que va á ser derribado por tierra y á despachurrar con su mole á todos los seres vivientes, que se cobijan debajo de sus ramas. ¿Y qué

(1) Specul. B. Virg., cap. 7.

(2) Petr. Dam., Serm. de Annuntiat.

(3) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur. «Hacia mucho tiempo que los justos de la ley antigua la pedian á Dios, como nos lo manifiestan estas

palabras del profeta Isaías: «Cielos, envidad rocío de lo alto y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y brote al Salvador.» Lo que pidieron los otros, lo alcanzó la Virgen santísima.»

(4) Dan., cap. IV.

diríamos si al cabo de algun tiempo le viéramos de nuevo en pie mas bello, verde y lozano que antes, con tantos animales y mas así del aire como de la tierra? Me congratulé con un docto moderno (1), que sostiene que segun los sentidos místicos aquel árbol es el primer hombre en el estado floreciente en que se encontraba en el paraíso terrenal, dotado de todo género de prendas singulares, teniendo bajo las ramas de su protección no solo á toda su posteridad, sino tambien á los animales y demás criaturas que le estaban sujetas. De ese estado fué derribado por el pecado para secarse como un tronco inútil que solo espera el hacha y el fuego; pero la divina providencia, que no queria perderle sin recurso, ordenó que la raiz, es decir, la Virgen segun la profecía de Isaias (2), fuese conservada en la tierra para brotar un nuevo tronco sin comparacion mas hermoso que el primero, á saber, nuestro señor Jesucristo, por cuyo medio habia de comunicarse nueva vida y vigor á los hombres, que son sus ramas místicas, para animarlos y hacerlos producir frutos mucho mas sabrosos que antes (3).

IV. Dios del cielo, ¡qué consuelo recibieron los espíritus bienaventurados cuando vieron que nuestra tierra se animaba y que aquella raiz mediante las celestes influencias producía un árbol nuevo, que elevaba su cima

(1) Benit. Perer. sobre el lugar citado de Daniel.

(2) Isai., cap. XI.

(3) *Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.* «Este vástago, dice el profeta Isaias, será expuesto como una bandera delante de todos los pueblos; las naciones vendrán á ofrecerle sus

oraciones: entonces se reunirán los fugitivos: los que no se atrevían á comparecer delante de Dios y huían del cielo, se reunirán á él de las cuatro partes del mundo, serán animados de una vida nueva y producirán los frutos excelentes de las virtudes y las buenas obras.»

hasta las nubes y extendía sus ramas al oriente y al poniente, al norte y al mediodía; cuando divisaron aquel santo plantel y los hermosos vástagos que crecían al redor del tronco para poblar otra vez el paraíso! Este instante le reconozco por el nacimiento del mundo con infinito mas motivo que el de la creación del cielo y de la tierra: este instante fué el principio de nuestra felicidad y el comienzo de nuestras esperanzas: en este instante adquirió la virgen Maria todos los hijos de Adán como un feudo eterno que no puede disputársele. ¡Ay del que no quiera depender de ella perpetuamente! Pero quiera ó no, por siempre quedará deudor á ella del bien de que estuvo en su mano gozar. En cuanto á los que tengan la honra de ser trasplantados al paraíso de delicias, mientras conserven su verdor y lozanía primera, bendecirán el tronco y la raiz de donde salieron, y no desearán ser mas hermosos y lozanos sino para conocer mejor las grandezas del uno y de la otra.

V. Finalmente traigamos á la memoria la imagen de un diluvio universal, y porque no hay otro mas espantoso que el que ocurrió en tiempo de Noé, contemplemos en él la horrible faz del universo trastornado en todas sus partes. Reparemos el cielo irritado que ha abierto sus cataratas para anegar la tierra: veamos cómo las fuentes, los rios y los mares salen de madre y rompen sus diques naturales para sumergir en sus olas á todos los seres que viven en el aire ó en la tierra. Concibamos, si podemos, cómo son sorprendidos todos los animales no obstante su ingenio é industria natural, siendo al fin anegados en las aguas, y cómo no hay artificio que preserve á los hombres de ser sumergidos. Figúrenos los gritos de los unos, los temores de los otros y la desesperación general de todos. Veamos una muchedumbre innumerable de cuerpos que nadan aun sobre las aguas, y otros tantos que se van á pique unos des-

pues de otros, y contemos, si es posible, los que están ya podridos en sus casas ó en los montes donde creían librarse, ó que han servido de pasto á los peces y monstruos del mar. ¡Y qué! ¿Habrá perecido para siempre el linaje de los hombres y la posteridad de Adam? ¿No hay ya esperanza de socorrer al mundo afligido en tan extrema calamidad? Si la hay, con tal que se quiera echar mano de ella. Allí se columbra una navecilla en figura de arca, que es llevada sobre las olas y se sostiene á pesar de la furia y braveza de ellas. Vé ahí la única esperanza del mundo: vé ahí los que han de repoblar el universo: vé ahí de dónde depende la dicha de toda la posteridad de Adam. Si lo consideramos despacio; echaremos de ver una bellissima figura de la madre de Dios y de la renovacion del mundo que ella causó. Así lo dice S. Bernardo en estos términos (1): «El arca de Noé significó el arca de la gracia, es decir, la excelente madre de Dios. Por aquella se libraron algunos del diluvio del agua; por esta todos los hombres se salvaron del naufragio del pecado. Noé labró aquella para preservarnos con los suyos de la inundacion general; Jesucristo, nuestra paz y nuestro refugio, reparó esta para salvar á sus hijos de la muerte eterna. Aquella no libró del peligro comun mas que á ocho personas, y esta puso en seguridad á los hijos de Adam. En aquella se trabajó por espacio de cien años, y en esta se empleó toda la perfeccion de las virtudes representada por el número ciento. Para aquella solo sirvieron maderas labradas y pulimentadas, y en esta solo concurrieron virtudes excelentes y cumplidas. Aquella solo era llevada sobre las aguas del diluvio, y esta nada por cima de toda suerte de pecados é imperfecciones.»

(1) Serm. 2 de Nativit.

VI. El ángel que instruía á santa Brígida, continúa de esta manera el paralelo de una y otra: «Noé habia conocido mucho tiempo antes de labrar su arca el uso que habia de tener: Dios habia previsto abeterno el estado de la Virgen en particular y el bien que ocasionaria á los hombres. Noé tenia un singular deleite en preparar su arca por el beneficio que habia de redundar al mundo, y Dios se holgaba infinitamente mas cuando hacia los planes de Maria y los ponía por obra. Noé recibia una alegría señalada al saber que su arca no padecería ningun detrimento por las aguas del diluvio, y Dios se complacia sin comparacion mas en su obra, porque sabia seguramente que nunca sería ofendida por las olas, ni por las aguas saladas del pecado. Noé se complacia en considerar su arca tan bien embetunada y calafateada, que no podia entrar nada por fuera, y Dios se holgaba aun mas en ver la abundancia de la unción interior del Espíritu Santo derramada sobre el cuerpo y el alma de la Virgen santísima, de suerte que no podia ser penetrada por ninguna delectacion sensual, ni dañada por ningun movimiento de vanidad. Noé paseándose por su arca se consolaba al verla tan espaciosa y capaz; y Dios mucho mas al ver la capacidad del seno y del corazón de Maria, que le bastaba, aunque le fuese estrecho todo el mundo. Noé sabia muy bien que entraria en el arca sin causarle detrimento y que saldria tan sano y vigoroso como habia entrado, y Dios conocia mucho mejor que así como no perjudicaria en nada á la integridad de su madre, tampoco él recibiría daño, ni menoscabo alguno de la mansion que hiciese en las sagradas entrañas de ella. Una sola diferencia hay entre el arca y la virgen Maria, y es que Noé no ignoraba que el arca despues de salir él habia de quedar vacía en los montes de Armenia sin saberse lo que sería de ella en lo sucesivo, y nuestro salvador estaba certísimo de que su bendita ma-

dre quedaria llena de las gracias y bendiciones del cielo y que por toda la eternidad la tendria él á su lado como la prenda mas preciosa del mundo y el honor del cielo y de la tierra.

VII. ¡Cómo me congratulo con el glorioso S. Epifanio (1) por haber sacado el pronóstico de tantos beneficios como nos han venido por la madre de Dios, del nombre mismo de esta, que equivale á esperanza, porque en ella despues de su hijo se fundaba toda la esperanza que podiamos tener de nuestra reparacion! Y si los antiguos recibian mas propiciamente la fortuna que llamaban de retorno, la cual habia sido agitada de la borrasca de algun contratiempo, que aquella que habia ido siempre viento en popa y á medida del deseo; ¿qué deberemos de sentir de nuestra fortuna renaciente y de nuestra condicion mejorada por sus propios trastornos? Pero ¿qué recibimiento convendria hacer á aquella que tan acertadamente gobernó esta fortuna y condujo al puerto de gracia y de gloria nuestra pobre nave, la cual esperaba á cada paso ser azotada por algun viento ó tragada por algun remolino? Esa navecilla llevará siempre en lo mas alto de la proa la imágen de la que la salvó, como si fuera la de alguna deidad tutelar, y publicará las obligaciones que le tiene por haberla librado de un peligroso naufragio inevitable y haberla restituido sana y salva al puerto de salud. Cuantos hayan arribado á él, pregonarán siempre sus excelencias y grandezas y pagarán tantos beneficios con un perpetuo agradecimiento (2).

(1) Serm. de S. Deipara.

(2) Adicion de la M. Maria J. de Blemur.—«Maria, tú eres nuestra esperanza. Por tí tenemos entrada á la presencia de tu

hijo: una dichosa experiencia atesta tu poder y misericordia: no ceses jamás de ser buena, para que nosotros dejemos de ser desgraciados.»

## SEXTA ESTRELLA

### ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

#### CAPITULO VII.

QUE ES LA GOBERNADORA DE LA IGLESIA.

No podia el apóstol S. Pedro escoger un nombre mas á propósito que el que dió á los hijos de la iglesia cuando los llamó sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisicion (1); porque si ha habido jamás un rey que haya conquistado su reino con la punta de la espada, ha sido verdaderamente el Salvador, ese gran conquistador que no economizó ni su sangre, ni su vida, segun deciamos poco antes. Esto me obliga á profundizar mas en la consideracion de su reino, porque cuando un principe de tal mérito le compró á tan alto precio, no puede menos de ser muy excelente. Espero que el lector se holgará de ver á la reina que le ayudó á conquistar, ocupada en gobernarle con su hijo y esposo.

§. I.—De la calidad de rey espiritual y cabeza de la iglesia, segundo titulo del salvador de nuestras almas.

I. Aunque á primera vista parece que el reino de Salomon, que hemos tomado por una de las figuras mas in-

(1) Epist. I de S. Pedro, c. II.